

David Morales Bello

**ECONOMIA  
DEMOCRACIA  
Y  
DESARROLLO**

*Ediciones*  
**ACULPUEBLO**



*El Instituto de Estudios Socio-Políticos "Dr. Gonzalo Barrios", creado en Ciudad Bolívar hace dos años, promovió, con motivo de su aniversario, la realización de un encuentro sobre Democracia, Política y Desarrollo, para analizar materias de actualidad e importancia, relacionadas con el desenvolvimiento político, económico y social del país.*

*Sobre una temática a ser cubierta por los participantes en la jornada, destacados dirigentes nacionales de Acción Democrática tuvieron a su cargo el desarrollo de las ponencias y una de ellas, la intitulada "ECONOMIA, DEMOCRACIA Y DESARROLLO", correspondió al distinguido jurista y dirigente político venezolano Dr. David Morales Bello.*

*El trabajo preparado al efecto por el Dr. Morales Bello se reproduce en esta publicación que él ha dedicado tanto a la juventud de su partido como a la de Venezuela toda.*

*Esta nueva obra del prestigioso parlamentario guayanés David Morales Bello lo confirma como agudo analista del devenir nacional y como persona preocupada por descifrar las cuestiones de mayor interés en relación con el desarrollo venezolano.*

*Por todo esto, la entregamos gustosamente a quienes habrán de ser sus lectores.*

Ediciones "ACULPUEBLO"

DAVID MORALES BELLO

**ECONOMIA  
DEMOCRACIA  
Y  
DESARROLLO**

**SEGUNDA EDICION**

*ENSAYO DE ANALISIS POLITICO  
CENTRADO EN LA PROPUESTA  
ACCIONDEMOCRATISTA*



*Trabajo presentado en la Jornada de Análisis Político preparada por el Instituto de Estudios Socio Políticos "Dr. Gonzalo Barrios", de Ciudad Bolívar, y realizada en Ciudad Guayana, Distrito Caroni del Estado Bolívar, el 10 de septiembre de 1983.*



**DEDICATORIA:**

*A la juventud de Acción Democrática, a las nuevas generaciones de venezolanos, bajo cuya responsabilidad continuará forjándose la Venezuela que a todos nos atrae.*



## PROLOGO

*Este trabajo, realizado por el Dr. David Morales Bello y presentado en la jornada de análisis político preparada por el "Instituto de Estudios Socio Políticos Dr. Gonzalo Barrios", de Ciudad Bolívar, se desarrolla con una extraordinaria capacidad sintética en cuatro capítulos, en los cuales se sistematizan y se conjugan elementos teóricos y conceptuales con la exposición actualizada de hechos históricos, con la formulación de apreciaciones críticas sobre nuestro proceso político y con la oferta, de indudable valor prospectivo, de un conjunto de proposiciones que enriquecen el acervo ideológico de la democracia venezolana, en tanto que van dirigidas a contribuir en el diseño de un nuevo y avanzado proyecto político. Su denominación "Economía, Democracia y Desarrollo" trasunta en buena parte la complejidad de su contexto.*

*Un conjunto de ideas y conceptos de teoría económica general del Estado, teoría política y sociológica, coherentemente expuestos dentro de una peculiar concepción ética de la política y expresados con una propiedad intelectual que desborda las tradicionales recetas del liberalismo y del marxismo, sobre todo cuando aborda el problema de la legitimidad de los proyectos políticos y cuando establece como binomio inseparable y funcional las ideas de justicia social y libertad, destacan su autenticidad. Y esta riqueza conceptual, acompañada de un sencillo estilo didáctico, resulta una*

*herramienta invaluable en manos de hombres y mujeres de mentalidad crítica, que ya no se conforman con los estereotipos pre-cocinados a que nos tienen acostumbrados los ideólogos de este mundo en crisis.*

*El autor nos presenta una serie de consideraciones ideológicas sobre la democracia, como medio y como fin, ofreciéndonos un concepto alejado de las acepciones históricas antiguas y de las tradicionales que sobre ellas exigieron las posturas liberales y neo liberales. Nos la presenta —a la democracia— bajo una concepción dinámica, como un mundo de vida, como un mecanismo capaz de cambiar la realidad material, sobre todo, de sociedades como la nuestra, atacadas por el flagelo del subdesarrollo; y nos la presenta como un fin en sí misma, al hablarnos de la libertad como uno de los elementos que, al lado de la justicia social, constituyen la razón motivacional de la lucha esencial del Estado moderno.*

*Sus consideraciones sobre los objetivos de un proyecto político con respecto a la conquista del poder, de ese poder que sólo se logra con la conquista del poder supremo, del “poder unificador” como decía George Jellinek al referirse al poder del Estado, las hace apartado de las posturas academicistas propias de los teóricos del Estado, y, al vincularlas a nuestra propia experiencia histórica y a la vivencia política de Acción Democrática, les añade un valor estratégico de gran actualidad.*

*Todas estas ideas son aprovechadas por el autor sin atropellamientos metodológicos, para lograr una síntesis histórica sobre el papel desempeñado por Acción Democrática como agente de cambio social y de modernización del Estado, como palanca de promoción y dignificación del hombre venezolano y de su elevación a la condición de ciudadano, con*

*todas las consecuencias jurídicas, políticas y sociales que ello implica.*

*Al referirse a las condiciones objetivas de nuestro medio, para el momento de la aparición en escena de nuestro partido, y a la manera como ese medio va cambiando bajo el influjo de las medidas revolucionarias instrumentadas por A.D. en la dirección del Estado, desde la Revolución de Octubre de 1945, pasando por las gestiones administrativas posteriores al derrocamiento de la dictadura perezjimenista y en las que hombres del partido (Betancourt, Leoni, Carlos Andrés Pérez) han ejercido la Presidencia de la República, lo hace inscrito dentro del concepto de "tiempo espacio-histórico", pero con sentido de original actualidad.*

*Luego de exponer las políticas que en materia de participación, seguridad jurídica, de rescate de nuestras principales fuentes de riqueza material, de elevación del nivel cultural y educativo del pueblo, de liquidación del sistema semifeudal de tenencia de la tierra, de desarrollo agro-industrial, de superación de los índices de vida y del nivel de los servicios sanitarios y de desarrollo regional, que ha utilizado Acción Democrática para la construcción de una sociedad moderna, pasa a sugerir algunas críticas sobre desviaciones surgidas dentro del Estado y de otras instituciones políticas, como es el caso del acentuado autoritarismo en la dirección de nuestro desarrollo político, fácilmente ubicable en el origen mismo de nuestras instituciones democráticas; tradición de autocracias y de prácticas caudillescas de nuestra historia que no han podido ser definitivamente desterradas, ni aún con el alto grado de desarrollo democrático que hemos alcanzado. Sin embargo, el autor en tono esperanzador, alienta la necesaria perfectibilidad de nuestro sistema político para lograr la sociedad libre, justa y participativa con la que todos soñamos.*

*Dentro del contexto crítico de su exposición, hace importantes aportes de neto contenido programático, cuando plantea, por ejemplo, la necesidad de "repensar el camino" con sentido dialéctico, para redefinir el rumbo de nuestro proyecto democrático, el cual, hoy estabilizado, necesita generar respuestas a la dramática situación económica y social del país, en resguardo de la credibilidad del pueblo en el sistema y de la preservación de su legitimidad, a fin de evitar su vulneración y el afloramiento del estallido de la presión social de las mayorías, al no ver satisfechas las expectativas de bienestar material que han sido creadas.*

*Se propone entonces el Pacto Social, como vehículo adecuado para darle a la democracia el necesario contenido social y económico que requiere, para, por esa vía, llegar a la creación de la sociedad realmente deseada, y se plantea la necesidad de democratizar el Estado, haciendo factibles vías de consulta y participación del pueblo en la planificación de la vida colectiva, a los fines de lograr una plena identidad de las necesidades reales del país con los propósitos del Estado.*

*Con sentido crítico y prospecto a la vez, el autor analiza nuestro modelo de desarrollo, los esfuerzos y las fallas en el establecimiento de un modelo alterno al modelo petrolero y pasa revista a las deficiencias en nuestro proceso de industrialización, señalando su poca capacidad productiva y de generación de empleo, al igual que el uso de tecnología sofisticada que hace de nuestra industria un enclave neocolonial de los grandes centros industriales que la genera. Denuncia con profundidad las distorsiones creadas en nuestro medio social por esa escasa imaginación creadora que ha provocado el nacimiento de hábitos de consumo y de patrones de masificación cultural ajenos a nuestras necesidades e idiosincrasia y formula reclamos de auténtica identidad nacional.*

*La certera crítica al marginamiento que ha sufrido nuestra producción rural pasa por el establecimiento de su vinculación con las erróneas políticas económicas de la gestión copeyana presidida por Luis Herrera Campins, que han pretendido detener la inflación interna a costa de los productores agropecuarios. El autor aboga por una diversificación de nuestro aparato productivo que implique la revalorización del sector agropecuario, analiza la crisis fiscal del Estado venezolano, sugiriendo el establecimiento de elementos tributarios que orienten tanto el consumo como la inversión pública y privada, recalcando la necesidad de que esos instrumentos se legitimen con la confianza del pueblo en ellos, como mecanismos que deben ser para generar riqueza y bienestar colectivo.*

*Es importante destacar la proposición hecha por el autor de un nuevo modelo de desarrollo, más humano y más social, en cuya planificación se haga visible la participación de las fuerzas populares, con un Estado prístinamente democrático, que viabilice esa participación; un modelo de desarrollo que libere las fuerzas productivas cautivas y ociosas de nuestra sociedad, que pase incluso por la generación de nuevas y más democráticas formas de propiedad y control de los medios de producción y consumo, proponiendo para ello "la empresa cogestionaria, la cooperativa agrícola, las modalidades solidarias de organización, tanto del consumo como de la distribución".*

*La herramienta propuesta para lograr lo planteado es un partido moderno, capaz de incorporar, sin complejos y sin discriminaciones elitescas, a los "mejores", a los dirigentes naturales de la comunidad. Papel que le corresponde a A.D., como vanguardia que ha sido y es de la causa popular, pero a una A.D. renovada en sus posibilidades de discusión democrática, a una A.D. capaz de retomar lo mejor de las líneas*

*maestras de su pensamiento original y enriquecerlo con lo más avanzado y humano del pensamiento político actual; a una A.D. capaz de incorporar al nuevo venezolano y colocar en sus manos, sin mezquindad, la posibilidad de construir su propio futuro.*

*Deseo destacar el crudo enfoque de la crisis conyuntural del país realizado con un planteamiento objetivo de los hechos; partiendo de un balance de la gestión de Carlos Andrés Pérez y descartando posibles conexiones entre las realizaciones de ayer y los errores de hoy, pero sin dejar de hacer justo reconocimiento de las deficiencias ocurridas en ese período (el de C.A.P.), pleno de realizaciones dirigidas a superar la etapa de la democracia formal y a servir de puente a nuevos y más avanzados estadios sociales. De manera cruda y veraz se expone el cúmulo de errores de la actual administración social cristiana, heredera de un país en pleno auge de expansión económica, con optimismo y fe en el porvenir, y convertida en adoptante de políticas calcadas al carbón de los teóricos económicos del neo-liberalismo, fracasadas ya en otras latitudes y caracterizadas por esquemas económicos rígidos, que frenaron el aparato productivo a base de instrumentos monetaristas.*

*Igualmente, el autor denuncia el abandono de las empresas del Estado, la no reestructuración de la deuda externa, a pesar de haber sido, en apariencia, la principal preocupación del Presidente Herrera al sumir el gobierno, y hace hincapié en el despilfarro y el dispendio burocrático, como también en la pérdida de confianza en la prosperidad nacional por la puesta en práctica de medidas como la liberación de precios y la liberación del comercio internacional. Denuncia, en definitiva, la consolidación de la mentira y la frivolidad como práctica del régimen para tratar de ocultar el retroceso sufrido por el país.*

*En este trabajo se propone la redefinición estructural y conceptual del Pacto de Punto Fijo, lograda como ha sido la necesaria consolidación de las instituciones democráticas, y se aboga por el necesario deslinde entre los factores políticos que representan la avanzada social de aquellos que, por fuerza de dramática evidencia, son sus enemigos comprobados.*

*En la base del Pacto Social debe haber más que un acuerdo político, una confluencia de factores sociales en la cual queda de plano descartada la participación de Copei y lo que ideológicamente representa.*

*Las vías propuestas en este trabajo resultan, sin lugar a dudas, inscritas dentro de la concepción ideológica y ética del socialismo democrático; se pueden compartir o no muchas de sus apreciaciones, pero lo que no puede discutirse es que, mediante él, su autor, el Dr. David Morales Bello, pone en manos de la juventud un extraordinario instrumento, que bien podría ser punto de partida para la necesaria discusión que debe producirse en el seno de las fuerzas progresistas después del 4 de diciembre de 1983 y el cual debe conducir, por fuerza de la razón histórica, a la elaboración de un proyecto político que haga factible el nacimiento de una sociedad mejor entre nosotros.*

RAFAEL MARIN

Caracas, 13 de septiembre de 1983.



## I

### LA ECONOMIA Y LA DEMOCRACIA COMO PRODUCTOS DINAMICOS DE LA SOCIEDAD

La concreción de la vida en sociedad es, por encima de todo, un proyecto político por medio del cual la comunidad se organiza en torno a ideas rectoras que, expresando metas a lograr, mancomunan la riqueza humana de la sociedad para transformar el medio ambiente y ponerlo al servicio del hombre.

De allí que no exista una sociedad económica propiamente dicha sin que a ella se le anteponga el contrato social original que da nacimiento al pueblo, al Estado y a la Nación.

Es posible la existencia de proyectos de crecimiento físico que, al ignorar las aspiraciones de la comunidad con respecto a la riqueza material, terminen por imposibilitar la multiplicación de ésta y detener ese crecimiento. Tal cosa ocurrió en las sociedades esclavistas de antaño, por cuya consecuencia surgieron los propósitos antifeudales como principios de la lucha Político-Social.

Todo esto es así porque la producción, más que ninguna otra actividad humana, es algo eminentemente social, hecha posible tanto por el conjunto de individuos cuya especialización y distribución del trabajo concurren a transformar la

naturaleza, como por la asociación de esfuerzos necesarios para hacer del trabajo algo materialmente destinado a satisfacer necesidades humanas.

Pero ese hecho de la economía, que pertenece a la esfera de lo social, no podría darse sin la existencia, entre las partes que lo integran, del acuerdo de carácter cultural que, en definitiva, es la acción política destinada a servir de fundamento y a comunicar sentido y dirección a las actuaciones por cuya virtud se transforma la naturaleza y se la pone al servicio del hombre.

Bajo el influjo de esta idea, procede definir un proyecto de desarrollo como un proceso eminentemente político, cuya concepción, planificación y aplicación deben cumplirse de manera acorde con las ideas culturales y políticas propias de la sociedad a la cual va dirigido.

Por estas razones, es válido afirmar que la actividad económica se centra en el contexto y dominio de lo político, donde ocupa lugar de algo mucho más noble y humano que la simple elaboración de recetas de orden técnico, y desde donde contribuye a construir la base material que unos seres humanos ofrecen a otros para satisfacer necesidades colectivas.

—Las pirámides del antiguo Egipto, por ejemplo, como también los maravillosos templos Mayas de nuestra América precolombina, fueron producto de un enorme dominio de la técnica, pero, como no constituyeron recursos destinados a satisfacer necesidades humanas, tampoco contribuyeron a elevar las condiciones de vida imperantes en los pueblos primitivos donde se levantaron como monumentos al talento y a la laboriosidad populares y no obstante causarnos asombro hoy, en medio de un mundo acostumbrado a ver las más

inmensas hazañas tecnológicas con cierto grado de indiferencia causada por su constante y cotidiana innovación.

Al ser esto así, —como lo es— resulta posible deducir que el grado de identificación entre la economía, la política y el desarrollo depende, en un caso determinado, de la factibilidad del proyecto social de transformación del cual se trate, así como también de la valía de las fuerzas que, al presentar ese proyecto, lo lidericen en una determinada sociedad.

Si una comunidad particular es incapaz de generar en su seno un acuerdo social que precise las bases sobre las cuales ha de dirigirse la dimensión económica, no es de extrañar que le sea imposible desenvolverse con éxito en el terreno de la economía y que eventualmente fracase por cuanto le resultará difícil superar la falla consistente en la carencia de un acuerdo sobre lo fundamental e indispensable para la efectividad de la organización destinada a nutrir sus propias fuerzas productivas.

Igualmente se debe decir que quienes proponen ante esa comunidad un proyecto político no factible o no respaldado por una fuerza social de valía, no reúnen las características de dirigentes o representantes de sectores mayoritarios de la correspondiente sociedad y no alcanzan la condición de voceros capaces de resumir en su acción política el deseo colectivamente compartido que debe ser base de toda acción social.

Esto explica que muchas de las fallas de un modelo de desarrollo sean, en última instancia, las de los agentes y dirigentes que lo propongan, bien por su incompetencia para organizar una fuerza política afín a las mayorías actuantes, ora por su falta de capacidad como interlocutores válidos de la comunidad, o también por la impotencia de la fuerza

política que los mueve para resumir en sí los valores e intereses nacionales que harían factible la identificación del proyecto con la sociedad.

Así las cosas, la política se ennoblece y adquiere una dimensión productiva real, en la cual la lucha por el poder se legitima en el marco de una competencia de proposiciones que, intentando conformar en sí esos valores populares de los que se nutren las ideologías y las categorías políticas, estructure un cuerpo de acciones por medio de las cuales el poder es sólo un elemento catalizador de fuerzas humanas al servicio del progreso y la superación colectiva de una nación.

Esta dimensión ética de la lucha política nos permite entender que la conexión existente entre economía, desarrollo y democracia sirve para explicarnos la realidad que nos rodea, al constituir —como constituye— instrumento por medio del cual podemos otear el futuro, prevenir desviaciones y tendencias perniciosas y corregir rumbos cuando la economía y el desarrollo se detienen, amenazando al consenso político por medio del cual la democracia es viable; pues, si la economía se resiste frente al sentido de dirección colectiva que impone la política, la democracia debe hacer valer su primacía, en aras de que el desarrollo, como vehículo social, cumpla su papel consistente en armonizar las estructuras cívicas de organización política de la sociedad con las bases materiales por medio de las cuales el progreso se hace un hecho diario.

Esas condiciones bajo las cuales existen una economía y un desarrollo democráticos derivan de dos componentes esenciales de la democracia misma: Libertad y Justicia.

En ausencia de libertad no puede existir la democracia. Mas la libertad exige a su vez la justicia como requisito indis-

pensable para garantizar la libertad misma. Esta calificación ética, que la democracia impone al desarrollo económico, ha sido poco estudiada en su vasto impacto sobre las formas de organización y producción en las cuales descansa el bienestar social.

Al requerir justicia en pleno ejercicio de la libertad, la democracia desborda las calificaciones individuales de la libertad como ejercicio irrestricto del individuo y demanda de éste una conducta social, una categoría ética de solidaridad, por medio de la cual la productividad se incrementa porque el producto material se legitima; es decir, se le vincula a las necesidades humanas, a las necesidades del hombre, en tanto en cuanto es un bien y un valor colectivos.

En ese substrato, el hombre, que es pieza de un ente social, se sabe componente de un esfuerzo colectivo cuyo resultado él disfrutaría, y, por ende, su actuación contará con la voluntad y el deseo que sólo puede proporcionar la libre asociación y participación. De manera que la productividad, clave del mantenimiento de las estructuras productivas de la vida económica, se multiplica en esa condición que la democracia exige de la economía.



## II

### EL ESTADO COMO ENTE ACTIVO Y PROMOTOR DEL DESARROLLO

Como se ve, las metas que se propone un proyecto de desarrollo democrático son mucho más ambiciosas y mucho más difíciles de estructurar que las metas de crecimiento económico, por cuanto aquellas tienen que ver con la legitimidad y legitimación de los agentes sociales que promueven ese desarrollo, con las transformaciones dinámicas del proyecto mismo y con la utilización plena de todos los recursos humanos de que dispone una nación.

Sin embargo, la idea sencilla y simple de la democracia, que supone un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, ha sido desarrollada en el ámbito político muy al margen histórico del desarrollo de las bases materiales en que el proceso democrático se ha dado. Subyacente a este hecho está la esencia de la democracia como un producto dinámico de luchas sociales acumuladas del ciudadano por el establecimiento de un nivel de compatibilidad entre las fuentes de poder y el destino y sentido del poder mismo.

Así, la lucha democrática se plasma en una doble búsqueda de libertad y de justicia que se acumula hasta lograr

la sociedad civil que armonice las transacciones en un Estado que refleje intereses colectivos de las mayorías.

Pero ese Estado Democrático se inserta en instituciones materiales a las cuales el proceso de justicia y de igualdad le es ajeno. La cultura económica basada en el mercado es paralela pero no históricamente ligada a la lucha democrática, y la organización de la vida productiva que surge del mercado engloba contradicciones profundas con el norte ético del ideario democrático que es precisamente lo que un proyecto de esta índole de desarrollo tiene que dirimir, solucionar, compatibilizar, en el marco tanto ético como productivo, para garantizar la perseverancia de la vida en libertad.

¿Cómo se ha dirimido este proceso?, ¿cuáles son los alcances y las desviaciones que ese intento de síntesis ha producido? Para intentar hacer un recuento de este esencial componente de la democracia, constitutivo a su vez de razón de ser particular de Acción Democrática, como vanguardia que es al servicio de una idea de transformación y superación material de la nación venezolana, tenemos que analizar los instrumentos que centraron nuestra acción, las experiencias que de estos métodos hemos obtenido y, como síntesis, como producto dialéctico de ese pasado/presente, el afinamiento de ellos para garantizar, bajo circunstancias históricas distintas, la prosecución en el tiempo de nuestro compromiso de justicia en libertad.

Intentar hacer un recuento de los instrumentos escogidos es vincular éstos al espacio/tiempo histórico de donde surgieron, de las condiciones objetivas y subjetivas en que se inscribió nuestra lucha política y, fundamentalmente, de la solución que dimos al conflicto aparente entre voluntarismo y realidad.

Venezuela, país minero, petrolero y atrasado, no poseía, a principios de los años 40, las condiciones materiales de desarrollo que empujaron a otras sociedades al crecimiento basado en la acción de los individuos. Al joven venezolano de hoy podría parecerle lejano y desvinculado de su realidad el proyecto anti-feudal que Acción Democrática propuso a partir de su fundación. Pero las realidades de la sociedad, con una industria de enclave totalmente divorciada, cultural y materialmente, del resto de las actividades productivas del país, contrastaba con una base material social del país cuyo único norte era la renta de la tierra improductiva de nuestro feudalismo típico y particular y el comercio importador unido a una exagerada concentración del ingreso de las pocas y pequeñas ciudades.

De tal manera, que era imperativo crear, paralelo a las luchas por el acceso a la sociedad civil, la conquista social de una cultura moderna que diera al país entero y no solamente a quienes mayoritariamente envolvía y envuelve Acción Democrática, una voluntad de modernización que rompiera el molde mental de la sociedad gomecista.

Es ese el secreto del enorme éxito del Partido a pocos años de su fundación definitiva. Porque en aquel contexto actuó precisamente como un poderoso imán que recogió a los mejores hombres del país, a los más avanzados, a los más comprometidos con un proyecto de modernización y a aquellos a quienes la nación identificó como mayormente asociados a la idea de progreso.

—Cuando celebramos cuarenta y dos años de la fundación del Partido, es bueno, es justo y necesario salir al rescate de la idea de los mejores, pero no cayendo en desviaciones elitescas, contrastantes con la raigambre popular acciondemo-

cratista, sino apuntando hacia la eficiencia construida y fomentada sobre la materia prima suficientemente dotada de sensibilidad para vibrar al compás de los más vivos requerimientos del país necesitado de ponerse en marcha.

Huelga decir que aquello no podía hacerse desde la sociedad civil, que no tenía asideros reales en la cultura material y económica de la época, y que figuras de nuestra historia, tan dignas como Gumersindo Torres o Román Cárdenas, demostraron que incluso el talento más alto no podía transformar una realidad asentada por siglos de conformidad.

Había pues que conquistar el Estado, echar las bases de participación que fueran superando la cultura de desarrollo y el sentido y definición de éste en el venezolano, y de allí, que en nuestro periplo vital de partido los instrumentos que se escogieron, los mecanismos por medio de los cuales se fueron estructurando las huellas que el partido deja en la historia del país, hayan tenido por norte al Estado. Ello demandaba también, por supuesto, una transformación del Estado mismo, y creo que en eso aún andamos porque el modo de producción venezolano, el carácter monoprodutor y minero del país, su atraso mismo, le dio unas características muy particulares, demasiado autoritarias y a veces como totalitarias, al Estado desde el cual la joven vocación democrática del país, sus hombres más adelantados y valiosos, empezaron a construir el proyecto de desarrollo democrático.

Aquí vemos una conexión importante entre aquellas condiciones que la democracia impone al desarrollo y el vínculo entre economía y progreso.

Una de las primeras medidas de la acción de gobierno de AD fue darle vigencia al ideal de participación demo-

crítica, total, irrestricta y libre para la masa de venezolanos acostumbrados a un cesarismo despreciativo y desconfiante del hombre libre. Ello por sí solo armó las bases por medio de las cuales el Estado, que había reflejado la voluntad del déspota de turno, debatiéndose en un inmovilismo criminal, se convertía en algo que comenzaba a vincular sus acciones a un perfil de nación, a un conjunto de voces libres que estructuraba un interés nacional producto del pueblo.

Tan hondo caló esa meta trazada por Acción Democrática que ni siquiera el retroceso perezjimenista detuvo esa tendencia de hacer del Estado un ente activo y promotor del desarrollo, pues, aun cuando la dictadura regresó a garantizar el Estado por y para las élites, la dinamización del Estado venezolano, su apertura a gentes cada día mejor informadas y más preparadas, fueron echando las bases para una intervención en la economía que creara las condiciones de modernidad sin las cuales ninguna economía de mercado o planificada puede sobrevivir.

Vemos entonces que los instrumentos de desarrollo escogidos suponen dos planos de acción que se retroalimentan: La cultura de modernidad y el desarrollo de las bases productivas del país impulsadas a partir del Estado. Esto quiere decir que se pone en práctica un proceso en el cual, paulatinamente, se empieza a utilizar la renta petrolera —mediante un proceso vinculatorio— en la multiplicación de actividades productivas internas, en un clima de superación y modernización más acorde con los nuevos tiempos.

En el plano meramente social, AD inicia el proceso de transformación cuando, afincándose en las realidades venezolanas, *convence* al país de que todo proceso de recambio es un proceso de masas, que involucra al hombre, que lo hace

solidario con su nación y lo ata a sus compatriotas, dándole contenido a la idea de nacionalidad.

De allí que ese movimiento de transformación impulsara la idea de un desarrollo armónico, en conjunto de todos o para todos, capaz de superar antagonismos estancadores de la sociedad, y, en esa etapa de construcción de puentes internos para el entendimiento, surge la preocupación central por el país rural, por el campesinado y el agro venezolanos, todavía sometidos al régimen del latifundismo esclavizador, reclamando recursos vitales para ambos a los fines de continuar modernizando al país.

Esto es importante, porque con la Reforma Agraria se dan de nuevo varios factores que, a mi juicio, son esenciales al desarrollo democrático, a las condiciones que una democracia pone al crecimiento económico y que una sociedad justa y libre debe atender con prioridad.

Al liquidar la estructura de la tenencia de la tierra, aun cuando no se hayan logrado metas de producción que pudieran ser y son de capital importancia para un nuevo proceso de profundización de nuestro desarrollo democrático, se sembró la esperanza en un denso sector de la población venezolana y se otorgó a sus integrantes, junto con sus títulos de propiedad, la ciudadanía efectiva. De allí aquello de calificar las luchas de entonces como constitutivas de la segunda independencia.

La crítica de quienes no entienden esto se basa fundamentalmente en su concepción estática de la historia y sus movimientos, pero para nosotros no sólo hubo una primera y una segunda independencia sino que esta independencia se la juegan a diario los pueblos, en el esfuerzo colectivo y constante de sus luchas y sus angustias, en la vida cotidiana

de una nación que podrá expresarse con estilo propio mientras posea instrumentos coherentes de lucha, como es y ha querido ser Acción Democrática.

Unido a este fenómeno de consolidación de ciudadanía se da la progresiva educación del país, la cobertura de la información sobre la cual fluyen las oportunidades en una sociedad y la capitalización de los únicos activos insustituibles en el desarrollo: El ser humano.

Esa educación masiva y amplia estimuló las corrientes migratorias y fue moldeando los rasgos de un país urbano en el cual el uso progresivo de las rentas petroleras para la diversificación de la economía llevó a la ampliación del estrato trabajador, disminuyendo al artesano hasta transformarlo en un proletariado que adquirió no sólo conciencia de clase sino además vinculación profunda con las luchas democráticas y la conquista de la sociedad civil que lo ha convertido en la columna vertebral de una etapa de consolidación democrática en la cual aquella idea de solidaridad activa, introducida en el proceso de desarrollo venezolano por Acción Democrática, se hizo presente y plena, aún en momentos cuando resultaba lesiva a sus intereses económicos más inmediatos.

Conjuntamente con esa urbanización se fueron echando las bases de cambio de la estructura productiva de la economía. Como resultado de lo antes mencionado y de la negativa de los capitales privados venezolanos a orientar la inversión hacia aquellas áreas más socialmente rentables. Hubo de impulsarse desde el Estado la intervención en el proceso productivo para levantar y dinamizar aquellos polos de desarrollo que, creando la estructura material básica para el proceso de multiplicación de oportunidades y bienestar que es central en una democracia, dieran simultáneamente al carácter

geográfico de la inversión una proporción más equitativa, racional y orientada al levantamiento de la sociedad venezolana de manera global.

El apoyo irrestricto a la investigación y a la Universidad, dieron un sentido de búsqueda cualitativa a las acciones que en el Estado democrático promovían el crecimiento, y el enorme gasto en obras públicas selló la integración interna del país mediante las redes primarias y secundarias de carreteras y autopistas, el Puente sobre el Lago de Maracaibo y el Puente de Angostura, sobre el Orinoco.

Por último, una sociedad equilibrada y estable, como la que pretende la democracia venezolana, se conecta no sólo a las jornadas colectivas de superación sino a la superación del individuo mismo. Y, de allí, que el combate contra el paludismo, la erradicación de los agentes causantes de desolación en la vida rural y el incremento sustancial de los niveles de salud —expectativas de vida, reducción de la mortalidad infantil— figuren entre los argumentos más hmosos que Acción Democrática tenga para exponer ante las nuevas generaciones militantes como el producto de una visión integral del desarrollo social y económico de la nación, centrado en y para el hombre.

Tales han sido, a grandes trazos, las ejecutorias y los instrumentos en los cuales se ha afincado una estrategia de desarrollo basada en el crecimiento económico sostenido por el excedente petrolero. Pero ese modelo petrolero, que creyó encontrar en cualquier desarrollo industrial y en la teoría de los polos de crecimiento regionales la clave para la paulatina solución de los déficits de empleo, salud-educación y reinversión, no se ha comportado a la altura de las altas expectativas que miraron en él los creadores de la filosofía de desarrollo

que el Estado Democrático venezolano inauguró a partir de 1959.

El estudio de las causas y los agentes que han merchado progresivamente los rendimientos de ese esquema económico nos trae de nuevo a esa trinidad de economía, democracia y desarrollo, para, en atención a supuestos propios del análisis estructural, signarlos conforme a su cumplimiento o no de los diseños igualitarios y justos bajo los cuales se inició la planificación democrática.



### III

## EL RENDIMIENTO DEMOCRATICO COMO FACTOR DE LA FE POPULAR

La democracia, como proyecto político, es incapaz de desarrollarse y profundizarse si no logra resolver dos condiciones necesarias a todo esfuerzo de estabilidad del marco institucional en el cual se inscribe el sistema de libertades formales ante la ley.

Estas dos condiciones vienen dadas por las esferas materiales que la democracia contiene —a la vez que se desarrolla sobre ellas—, más las necesidades dinámicas de crecimiento, tanto cualitativo como cuantitativo de las comunidades, en relación con el bienestar material.

Si el proyecto democrático no posee los instrumentos de reproducción material y multiplicación de riquezas socialmente producidas o socialmente acumuladas, el tono y el contenido del proceso político chocará con una realidad que niega en esencia el sentido progresista de la vida misma, y si ese basamento material se estanca o retrocede, las tensiones acumuladas por una sociedad basada en derechos y deberes de ciudadanos dignificados a nivel del ordenamiento legal harán imposible el logro del bien común que se quiere obtener,

destruyéndose el tejido solidario que resulta imprescindible para el ejercicio de la vida en libertad.

De allí que las fallas, referentes tanto al contenido económico de la democracia como a su capacidad de distribución y reinversión, despiertan vivo interés en relación con el análisis de cualquier proyecto político, constituyendo a la vez amplio material para la discusión en el seno de los partidos políticos y movimientos progresistas.

Para Acción Democrática, a nivel conceptual, este proceso no se ha detenido en el mero manejo de una economía y un esquema de desarrollo circunscripto al ámbito de un Estado democrático, sino que, al mismo tiempo, el proceso de decantación de la experiencia nos ha llevado a una continua exigencia de búsqueda de estructuras cada vez más cónsonas con las metas de una sociedad igualitaria y solidaria, participativa y libre; y, de allí, que no se trate hoy de ejercer una autocrítica de períodos pasados sino de, dialécticamente, poner etapas superadas al servicio de lo planteado como reto del mañana.

Esa búsqueda teórica, por tanto, supera lo hecho. Le entrega al partido un carácter dinámico que lo confirma como vanguardia y conecta las nuevas generaciones a la construcción del país, a partir de las modalidades históricas específicas de sus tiempos y circunstancias.

Y ese es el origen de nuestro PACTO SOCIAL, como plataforma acabada de reflexión sobre las exigencias de un país distinto, en el cual, esquemas teóricos que hemos dignamente agotado, sean sustituidos por un nuevo capítulo de luchas políticas que sirvan para garantizar la consecución de nuevos incrementos de bienestar para las mayorías nacionales.

Por esta ruta, sale a nuestro encuentro la necesidad de estudiar, siquiera un poco, cuáles son las motivaciones que nos guían a proponer un nuevo modelo de desarrollo, a conciencia de que ello comporta un nuevo alineamiento político de la sociedad venezolana, como parte del esfuerzo global que se impone realizar para superar la crisis actual y, al mismo tiempo, profundizar el proceso democrático.

En este orden de ideas surge, en primer lugar, el imponderable obediente a la robustez política de nuestra sociedad, que de ordinario denominamos estabilidad y que no deja de representar algo acerca de lo cual debemos plantearnos muchas interrogantes, porque cuando una sociedad agota etapas y éstas no son sustituidas por nuevas fronteras de conquista (o, como en el caso venezolano, derrotas circunstanciales de fuerzas legítimas producen retrocesos e intentos de legitimación de agentes históricamente contrarios al común denominador igualitario), se produce un decaimiento de los niveles de participación sobre los cuales se basa la democracia, y esa caída de la emotividad y el voluntarismo, aparte de restarle fe popular al sistema, tiene repercusiones materiales concretas que se evidencian en la aparición de hábitos y patrones de consumo exóticos, y en la multiplicación de actividades económicas no solidarias (como la especulación), que dañan la credibilidad colectiva y bajan el grado de legitimación del correspondiente proyecto político. Todo un conjunto de circunstancias valederas que dan mucho que pensar acerca del aseguramiento material del factor estabilidad, entendidos como debemos estar en cuanto a que la legitimidad no sólo proviene de la esencia de la conducción del Estado sino de las condiciones imperantes en la vida diaria desde la cual el ciudadano evalúa y juzga el conjunto de instituciones que lo rodean.

Objetivamente analizada la situación, no es admisible atribuir demasiado peso al hecho político de la pérdida electoral ocurrida en los comicios de 1978, en relación con la merma del voluntarismo y con el resguardo de la fe popular que la democracia exige como condición de valencia prioritaria. Ese ha sido, en este período, un factor indudable de descrédito, en un terreno que exige esmerada preservación, pero existen otras razones de mayor profundidad que no podemos ignorar, toda vez que son originadas por la creciente brecha interpuesta entre las expectativas despertadas por los intentos de creación de una riqueza alterna al modelo petrolero y los resultados de ese desarrollo hasta ahora obtenidos.

La industria venezolana no ha estado a la altura de sus obligaciones históricas, tanto en la generación de empleo como en el uso de recursos nacionales para multiplicar el efecto de la inversión. Tanto el creciente contenido importado de la producción nacional, que ha provocado la actual crisis de balanzas de pagos, como las presiones que origina el uso de tecnologías foráneas, sin correspondencia con la dotación de recursos del país ni con los patrones culturales a los que está unida la tecnología, son signos evidentes de un proceso de acumulación industrial que ha fallado en su orientación armónica y en su capacidad de reducir desigualdades.

El Estado venezolano, con la creciente intrusión para remendar los efectos primarios y secundarios de esta falla esencial de la industrialización, y luego con su burocratización avanzada, ha venido restándole recursos a la inversión y la ha centrado en áreas que, si bien aisladamente podrían ser justificadas, desde el punto de vista integral de las necesidades del desarrollo democrático no se corresponden con otras de capital importancia en una economía democrática, como son las que, debidamente impulsadas, facilitan el desarrollo de una

política impositiva capaz de conducir a una prometedora reforma fiscal y administrativa.

De la misma manera, hemos venido permitiendo la desvinculación del proceso de acumulación material del crecimiento de un mercado con mecanismos redistributivos reales y capaces de permitir un uso más eficiente de recursos para el desarrollo de proyectos que, de otra forma, ceden paso a la importación, hasta el punto de haber convertido el parque industrial venezolano en consumidor neto de divisas, incapaz como es de generar las que necesita para atender su propia subsistencia. Cabe recordar aquí que los segmentos más progresistas de los empresarios nacionalistas latinoamericanos lamentan la ausencia, en sus respectivos países, de políticas de estímulo crediticio, fomento de la actividad interna y lucha por el nacionalismo económico, que en Venezuela han sido una realidad gracias a la actuación de un Estado que, en exceso a veces, ha puesto al servicio de los industriales buena parte de la renta petrolera cuyo origen la reclama como contribuyente del bienestar social.

Todo esto ha profundizado el distanciamiento entre lo marginal y lo moderno, circunscrito como aparece este último tan sólo a las grandes ciudades de Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, San Cristóbal, Maracay, Mérida, Barcelona y Puerto Ordaz, con las vastas clases medias que ellas albergan.

Al mismo tiempo, nuestro proceso de desarrollo ha venido sometiendo a la producción rural a una subordinación inaceptable. Un estudio de la contribución del campo venezolano a la tasa global de crecimiento de la economía revela insuficiencias que hoy, en medio de un serio estrangulamiento en la capacidad de pagos del país, se potencia en importancia referida al relanzamiento de la economía venezolana.

El campo ha venido subsidiando a la ciudad en medio de una indiferencia generalizada que pareciera obedecer a la falsa creencia de que el financiamiento de la actividad agrícola y pecuaria es suficiente para detener el efecto de precios adversos y el creciente estancamiento que ha venido registrando nuestra producción primaria. Y si a esto sumamos la errónea política económica actual que pretende bajar la inflación interna con cargo a los productores agrícolas, la conclusión inequívoca es que se impone racionalizar la búsqueda rápida de la diversificación de la economía nacional sustituyendo los esquemas que se aplican en la actualidad por otros que valoren mejor la parte correspondiente al sector agropecuario de la producción.

Volviendo al plano de lo alcanzado en el terreno de las realizaciones democráticas, cabe recalcar la necesidad de rescatar la capacidad dinámica colectiva, en superación de cierto grado de conformismo que se advierte en quienes no parecieran entender que lo constituido respondió a las luchas de ayer y que para continuar avanzando se impone revigorar el sentido dinámico de la vida social, como factor que es para el alcance de mejoramientos sucesivos. Entonces se hace necesario convocar de nuevo un haz de sectores sociales del país para, dramatizando la naturaleza de los retos que tienen por delante las actuales generaciones de venezolanos, hacer de la democracia algo no sólo perfectible sino más genuino.

La segunda razón para presentar nuestra propuesta de un nuevo modelo de desarrollo arranca de la necesidad de reformular la participación misma de los ciudadanos y vincularla, más efectivamente, a las tareas de creación de riquezas que la sociedad debe cumplir para su mejor futuro.

Si al inicio del proceso democrático el déficit de derechos tuvo una importancia capital en el proceso de convencimiento

al cual Acción Democrática se dedicó para hacer de la sociedad libre algo independiente de las tragedias pendulares latino-americanas, circunstancias de otro orden imponen hoy liberar, en el seno de la sociedad venezolana, todas aquellas fuerzas productivas que permanecen ociosas a causa del esquema de participación que desvincula al ciudadano de deberes fundamentales para el pleno ejercicio de la vida cívica.

La crisis fiscal del Estado, la imposibilidad de mantener esquemas remunerativos al trabajo que ahoguen la capacidad de las empresas de generar superávits reinversibles y las presiones que este tipo de organización recibe por su incapacidad para generar empleo futuro, están causando distorsiones gravísimas, tanto en lo que respecta a los componentes de equidad y justicia que toda sociedad democrática debe preservar, como en lo atinente al interior de las divisiones de la sociedad misma y su potencialidad dinámica.

Esto no significa que Acción Democrática se suscriba a las tesis derrotistas y ayunas de imaginación que pretenden recargar en las masas trabajadoras el peso de la crisis, para mantener a los dueños del capital una saludable ganancia, sino que, dentro del imperio de las necesidades, hoy más que nunca procede ensayar nuevas formas de propiedad social, que vinculen los esfuerzos productivos de los trabajadores a la repartición de la riqueza socialmente generada. La empresa cogestionaría, la cooperativa agrícola, las modalidades solidarias de organización, tanto del consumo como de la distribución, son soluciones que aliviarían tanto al Estado como a los esquemas antagónicos —necesariamente antagónicos— de la relación obrero patronal de presiones inflacionarias, gastos reproductibles, etc., etc.

Igualmente, los científicos sociales han venido descubriendo relaciones cada día más claras entre la productividad

y el nivel de legitimidad social de un sistema. No es a causa del gasto corriente ni del nivel impositivo que se frenan la inversión y la toma del riesgo privado, ni tampoco es a causa de los factores del gasto social del Estado que se ahoga la productividad de los trabajadores; es en razón del grado con que una sociedad promueve la idea de movilidad social y convence, por los hechos, a sus sectores mayoritarios de la posibilidad real de acceso a una vida mejor, que los trabajadores se hacen más capaces, colaboradores e inventivos.

Mientras en Estados Unidos merma la productividad promedio, en Europa y Japón, donde los gastos sociales son tres veces más altos en promedio y las tasas impositivas llegan a niveles marginales de casi el 90% (como es el caso de Suecia) esa productividad crece año tras año y los productos que se entregan al mercado son cada vez de mayor calidad, como reflejo del orgullo de los trabajadores alemanes y japoneses, que ven en su propia obra la dignificación de la existencia en forma útil.

Esa productividad, pues, tiene una innegable dimensión social imposible de ser olvidada por el analista político a la hora de enfocar la estrategia de crecimiento y desarrollo.

El día que los trabajadores venezolanos tengan real y efectivamente asegurado su derecho al trabajo, a la recreación y a la cultura, además de vivienda, educación y salud, el producto material de su esfuerzo personal será mejor y más eficiente, su relación con la empresa será más estable y, en definitiva, su vida y la de todos alcanzará a más satisfactorios niveles de dignidad.

Pero esta transformación de los mecanismos sociales para legitimar el sistema por medio de la promoción de la participación responsable requiere de un Estado diferente y de un

*convencimiento* acerca de que las estructuras que vinculan a todos son también producto de un sistema más permanente de consulta a la voluntad popular, unido a que el proceso de planificación del Estado se democratice a todos los niveles, a los fines de hacer de la participación un pacto que asegure la continuidad y la concreción de los planes estatales.

En resumen, requerimos de un Estado más transparente, y eso demanda un mecanismo político, un partido de corte más moderno, más empapado de la realidad que lo rodea, abierto y capaz de integrar sin reserva a los dirigentes naturales de las colectividades, a los fines de intentar resumir en su seno un propósito de transformación que se conecte a la multiplicación productiva de la sociedad y al bienestar.

Este tópico nos lleva a replantearnos el problema del financiamiento del Estado como asunto concerniente al ordenamiento político llamado a profundizar la vinculación responsable del ciudadano con su respectiva colectividad, pues, si una comunidad posee derechos que no están ligados a deberes de financiamiento de los recursos que hacen tangibles esos derechos, la base de éstos se vulnera y toma cuerpo el autoritarismo; pero si ese Estado financia sus actividades, en una proporción importante, con recursos provenientes de obligaciones impositivas de los ciudadanos, las respuestas incorporadas a los programas del Estado tienen que corresponderse con el interés general de las comunidades.

Y como sostenemos que en una sociedad democrática la precisión de un tipo de desarrollo tiene que promover al ciudadano con sentido de solidaridad, que se interprete a sí mismo como integrado al ámbito social, debemos concluir que una sociedad democrática no puede permitir impasiblemente que se generen en su seno tendencias y patrones de

consumo contrarias al bienestar colectivo, a las estrategias de crecimiento que mayor efecto multiplicador producen o a las que menos vulneran la seguridad económica de la nación.

Hasta hoy, sólo la conquista de un altísimo nivel de conciencia pública y el establecimiento de instrumentos tributarios han ido, par a par, orientando tanto el consumo como la inversión privada y pública, que teniendo efectos que van más allá de las consecuencias individuales son materia de interés para toda la colectividad.

Aquí volvemos de nuevo a los mecanismos permanentes de legitimación del Estado, porque si los ciudadanos desconfían profundamente de los administradores del aparato burocrático y éstos toman medidas muy al margen de las comunidades a las cuales sirven, el establecimiento de impuestos que vinculan el gasto a los deberes de los ciudadanos se interpretará como una confiscación, así lo apreciarán quienes se ven obligados a reducir su consumo privado para contribuir al financiamiento de algo que no consideran parte de su bienestar inmediato o el mejoramiento de las comunidades en que viven.

De manera que una reforma fiscal y tributaria que deje de lado aquellas morfologías en las cuales funciona el Estado venezolano tiende a morir por inercia y a ensanchar la brecha de desconfianza que puede existir entre gobernantes y gobernados, y, lo que es más grave, a profundizar sentimientos individualistas, egoístas y mezquinos que suelen proliferar en las sociedades en crisis.

Como cuarto y último polo de referencia, acerca de nuestra recapitulación de estos veinticinco años de desarrollo económico en el período democrático, me parece que resulta indispensable señalar los aspectos conceptuales del modelo

mismo, sus supuestos y sus mecanismos de acción, y también la creciente insatisfacción que, a nivel político, hemos venido experimentando quienes, mediante la lucha cotidiana, percibimos las razones que existen a favor del descontento.

Los perfiles de industrialización que hemos adoptado parecieran dar la espalda, cada vez más, a la nación que los alberga, continuando la producción con crecientes contenidos importados, sin dejar en el país el necesario valor agregado que se vincule a las posibilidades de expandir la riqueza. Nuestra industria, igualmente, ha venido operando con tecnologías cada vez más sofisticadas en aquellas áreas donde la racionalidad social demandaba precisamente lo contrario; sus contribuciones al producto nacional han sido, desde el punto de vista de los flujos registrados en las balanzas de pagos, marginales, en el mejor de los casos, y, en muchos otros, negativos; lo que significa que cada dólar ahorrado por sustitución de importaciones, no sale en más de un dólar en recursos domésticos utilizados. Y, por último, al copiar patrones tanto de consumo como de masificación —especialmente en materias de mercado y publicidad— ajenos a las realidades culturales del país, se han acumulado efectos macroeconómicos que hoy hacen explosión a la vez ante la desaparición del manto protector del petróleo.

Uno de esos efectos es, precisamente, la baja y decreciente tasa de generación de empleo no calificado de nuestra industria y el sector manufacturero, hasta el punto de hacerse imperativa la revisión del tipo y la calidad de desarrollo industrial, a los fines de asegurar que esa industria, financiada por el Estado venezolano en su inmensa mayoría, tenga, en alguna forma, una mayor responsabilidad en su inter-relación con la sociedad venezolana.

Otra característica de nuestro desarrollo ha sido la enorme timidez que el Estado ha tenido a la hora de enfrentar los problemas de asignación de recursos conforme a las imperativas condiciones del mercado y la sociedad venezolana.

El Estado democrático ha tenido miedo escénico de aceptar que la pequeñez del mercado obliga, por razones de eficiencia, a que en la planificación industrial se otorguen monopolios de factible regularización que, al operar a escalas óptimas, pueden significar que las decisiones de consumo intertemporal que hace la sociedad hoy, para multiplicar su riqueza mañana, sean menos costosas y menos dañinas para la distribución del ingreso.

Aquí existe un vínculo paradójico de retroalimentación que hemos ignorado en nuestra planificación. Si a los problemas de insuficiencia del mercado se responde permitiendo ineficiencias por miedo a los monopolios, se producirán naturalmente oligopolios, cuya conducta no diferirá mucho al del primer fenómeno pero que restringirán tanto el producto como la capacidad de mantener niveles de precios más bajos, otorgando, posiblemente, salarios mejores a un núcleo muy pequeño de trabajadores alta y técnicamente capacitados, pero dejando al margen a las grandes mayorías, y constriñendo la ampliación de un mercado que podría eliminar los oligopolios.

Esto no sería tan traumático si el establecimiento de esa industrialización no se hubiera hecho bajo las bases de una paridad monetaria determinada por el sector petrolero venezolano que condena al resto de la industria a favorecer las importaciones y penalizar la exportación no tradicional, produciéndose el contrasentido de que, a medida que la economía se ha hecho más compleja y madura, más dependiente ha resultado de un recurso finito y agotable.

En el fondo de todas esas fallas se encuentra una determinada manera de entender y ver el proceso de desarrollo y sus interconexiones con el resto de la economía y la sociedad, que no quiere entender que la ganancia y madurez de la empresa serán mucho más estables y mucho más sólidas a medida en que se vaya consolidando el proceso social, se vaya eliminando la miseria y se transformen los marginales venezolanos de espectadores de una íntima sociedad moderna y formal, a participantes plenos de ella.

Desde lo profundo del espejismo que nuestra civilización ha creado con la promesa pendiente de la industrialización, ha surgido un hecho cultural al cual hay que responder si aspiramos a corregir los desequilibrios que surgieron a medida que los paradigmas y las paradojas nos han venido convenciendo de que es necesario un alto y repensar el camino a seguir. Para hacerlo, cuestionamos el crecimiento carente de solidaridad, pensando que todo desarrollo injusto es efímero e inútil; que, al final, es costoso e innecesario; que, por sí, refleja falta de presencia en el tiempo histórico y de horizontes amplios en los campos del pensamiento, como también refleja temor al futuro por parte de agentes económicos carentes de sensibilidad para actuar a tono con las exigencias del genuino interés social.

Si el agente económico que persigue el crecimiento amorfo y disparado tiene como excusa el corto plazo, la sociedad debe segregarlo por dañino al sistema de consolidación cultural capaz de vincular al ciudadano de hoy con el de mañana y por lesivo a las juventudes que, por su culpa ven comprometido su propio futuro.

Es en nombre de esa juventud, en nombre de ese mañana y en nombre del derecho que las generaciones futuras

tienen de recibir esquemas viables y bases materiales desde las cuales puedan ahondar en la construcción del país real, que hoy proponemos el Pacto Social como herramienta para llegar a la democracia económica y social. Una democracia que, al romper con esos fetiches del crecimiento, vaya haciendo válida la letra de sus constituciones, perceptible el espíritu de sus leyes y factible la generación de criaturas e instituciones fieles a su imagen y semejanza.

#### IV

### ENFOQUE CRITICO DEL MOMENTO ACTUAL NACIONAL, REITERACION DE CONFIANZA EN LA JUVENTUD

Las precedentes reflexiones han tenido que ver, sustancialmente, con la experiencia genérica vivida, en el devenir de la actual etapa democrática del país, buscando aportar contribuciones confluyentes en la edificación de nuevas y mejores realidades. Sin embargo, a manera de conclusión, pienso que hace falta enfocar, de manera más directa —cruda si se quiere— la situación coyuntural vigente hoy y por cuya suma de errores se han magnificado fallas en momentos cuando procedía y resultaba posible e impostergable su superación. Y no lo hago con finalidades de corte electoral ni mucho menos con valimiento del enorme apoyo político que Venezuela entera ofrece a favor de la fórmula electoral acciondemocratista, encabezada por la candidatura presidencial del compañero Dr. Jaime Lusinchi. Lo hago por respeto a la verdad y porque es imposible pasar por alto la magnitud del daño causado al futuro, sin tomar en consideración la necesidad existencial de salvaguardar el producto de largas luchas por parte de muchos, o fingiendo ignorar que se dificulta el porvenir cuando se destruyen las bases de confiabilidad colectiva cimentada en la fe de todos.

Cuando Carlos Andrés Pérez asumió la Presidencia de la República, había en Acción Democrática una clara convicción de la necesidad de ir liquidando los aspectos finales de una etapa en la vida del país que orgullosamente, había cumplido su cometido, estabilizando el sistema democrático bajo bases más o menos justas de crecimiento. Pero esa convicción descansaba en la creencia de que los innegables y existentes desequilibrios debían atenderse perentoriamente, mediante nuevos estadios de lucha político-social.

Con sentido exacto de su lugar y su tiempo, AD fue creando esa nueva época que comprendió las nacionalizaciones del hierro y el petróleo, como también la dotación y culminación de un sistema productivo básico, capaz de nuclear la expansión económica del país. Para ello utilizó los recursos petroleros de una situación internacional que, si no controlábamos totalmente, era posible, como lo fue, que funcionara a favor de un sentimiento de solidaridad tan cierto que sirvió para salvar a la OPEP de la emboscada tendida por las naciones industrializadas bajo el fuego conceptual de los países pobres-pobres y los países pobres-ricos.

Consecuentes con la prédica venezolana mantenida por espacio de casi veinte años, fuimos buscando acceso a los mercados financieros y contrajimos deudas de magnitud novedosa para el país pero innegablemente referidas al quehacer productivo. Deudas para adquisición de maquinarias y equipos, materia prima y tecnologías, que el país no poseía y que requería para atender de inmediato la racionalización de las nuevas bases de riqueza que pudieran sustituir nuestro petróleo.

Un excesivo énfasis en la industria básica y los polos de crecimiento, y una ausencia de criterios más profundos

respecto al tratamiento del problema del agro, fueron quizás las deficiencias más notables —que no hay por qué negar— en el balance correspondiente al período administrativo que, con hondo contenido popular en realizaciones, presidió Carlos Andrés Pérez en nombre de Acción Democrática.

Junto a esto, se multiplicaron las más avanzadas modalidades de inversión, como la capitalización humana del país mediante la Fundación de Becas “Gran Mariscal de Ayacucho”, la infraestructura y el inicio del rescate de los elementos bajo los cuales el agro venezolano se haría más rentable.

Los vigentes ingresos fiscales bastaron para proteger el signo monetario y el país pudo acumular reservas, colocó excedentes con criterios internacionales que ojalá hubieran imitado todos los que hicieron inversión extranjera en América Latina, demostramos así ser, realmente, buenos vecinos y nos negamos a admitir, de manera categórica, que nuestra riqueza pudiera coexistir con un Continente sumido en la miseria y la opresión.

Cuando sonaron las primeras campanas de alarma, el Presidente Pérez adoptó medidas de restricción económica que tuvieron por norte el interés nacional, y, en plena campaña electoral, el Partido dio muestras de madurez y acierto cívico cuando la Fracción Parlamentaria, en ese tiempo dirigida por Jaime Lusinchi, votó un proyecto de Ley de Presupuesto que reducía los niveles del gasto público, suspendía la nueva contratación y aumentaba los porcentajes de inversión.

Le tocó a COPEI, con la Presidencia de Luis Herrera Campíns, vivir el auge último de los precios del petróleo, y, en lugar de adaptarse a las nuevas condiciones, se encerró en un esquema económico rígido, ciego ante las realidades

que devoraban la economía venezolana, y se dio la paradoja de un país que adoptaba, en pleno "boom", una política de freno económico mediante instrumentos monetarios, negándose, al mismo tiempo, a reajustar sus instrumentos fiscales.

Se abandonó a las empresas del Estado a su libre albedrío, y, al no reestructurarse la deuda a la cual, desde el primer momento como Presidente, Luis Herrera Campíns le asignó extrema importancia, se cayó en un inexplicable aumento del endeudamiento como consecuencia de gastos que para nada consultaron el interés nacional.

Más tarde se inició la caída del mercado internacional, la recesión generalizada en los países industrializados (30 millones de desempleados tan sólo en Europa y Estados Unidos) y entre nosotros continuó el dispendio burocrático, con una conducción gubernamental a espaldas de lo que aconsejaba la más elemental prudencia.

El despilfarro ha sido característica mantenida durante el actual período de gobierno, con una economía dislocada y un gasto fiscal real que promedia casi un 20%, descontada la inflación.

El optimismo, la confianza, la prosperidad, han tocado retirada y una carroña de peligrosa repercusión ha venido sembrando el desasosiego en el modo de vivir nacional. La corrupción, en todas sus manifestaciones, se ha aposentado sobre la geografía nacional y el marasmo obtuvo carta de naturaleza gubernamental.

No sólo se dejó de tomar al sector agrícola como nuevo pivote sobre el cual cimentar lo logrado en el sector productivo estatal, sino que el gobierno actual resolvió combatir la inflación con mayores importaciones agrícolas, al principio,

y de todo lo imaginable después, para sumir la industria nacional en la quiebra, mientras los sectores financieros hicieron de las suyas, convirtiéndose en más poderosos, más ricos y más concentrados.

Las políticas de liberación de precios y liberalización del comercio internacional fueron una farsa bajo la cual se pretendió dar basamento teórico a un impúdico desprecio por la acumulación nacional. Se vulneró la seguridad del país y se crearon situaciones de malestar y pérdida de "stocks" físicos de capital en maquinarias que habían costado grandes esfuerzos a la Venezuela progresista de ayer.

Todo esto tiene, sin duda, una contrapartida cultural. Una secuela social que se manifiesta en la erosión escapista de la conducta de densos sectores del país, en la consolidación de la Venezuela superficial y de la frivolidad; esa Venezuela que exhibe espectáculos grandiosos y reinas de belleza en la misma medida en que esconde sus empresarios quebrados, sus obreros sin trabajo, sus productores rurales sumidos en la desesperación y sus empleados públicos desmoralizados.

Copei, como gobierno, ha desprestigiado profundamente a la democracia, haciéndola aparecer como meramente espectacular, insensible e incapaz de inspirar respeto en razón del peso específico de sus realizaciones sociales. Sus actuaciones, más destinadas a hacer creer que a cumplir y a convencer, son el ejemplo de lo que se debe desechar, y, ante ellas, Acción Democrática tiene que realizar una pormenorizada revisión, a los fines de precisar el arquetipo de proyecto político que más convenga en la futura acción de gobierno.

Es esto lo que ha precipitado y madurado la idea de sustituir la matriz política del Pacto de Punto Fijo, por un

proceso de genuina reconstrucción nacional, que no puede incluir, bajo ningún pretexto de estabilidad, a quienes precipitaron la debacle, a los responsables históricos y agentes objetivos de la inmensa crisis en que está sumida la sociedad venezolana.

Si en el núcleo generador de la idea del Pacto Social militan reflexiones de naturaleza filosófica, en sus áreas de orden práctico se asienta la convicción de que Copei, como partido gobernante, se comporta de manera contraria al interés nacional, y estas consideraciones han de ser tomadas en cuenta en el entendido de que son de orden práctico las consecuencias sociales causadas por el malestar con punto de partida en la conducción gubernamental.

Esto debe ser dicho como parte del deslinde que reclama el país, y el cual, por tenerlo suficientemente claro, no debe estar sujeto a debate alguno en el seno de Acción Democrática.

Nuestra tarea ductora de los integrantes de las nuevas generaciones de venezolanos debe comprender el esclarecimiento referido al modelo de desarrollo que auspiciamos por considerarlo más armónico con el alcance de la igualdad democrática no segmentada. Un desarrollo que atienda con precisión técnica y capacidad intelectual los urgentes déficits que al país urge cubrir. Un modelo de desarrollo que vincule incluso estas ideas políticas y culturales con una nueva estrategia de seguridad y defensa nacional fundamentada en la capacidad creadora material del país, y que intente, en los años venideros, sostener —por ejemplo— las demandas agregadas del sector agrícola mediante fondos internos de estabilización de insumos y materias primas nacionales que hagan inmediatamente rentable la cobertura de tales áreas de inversión y que, al mismo tiempo, otorguen al país un margen

de negociación internacional que hoy nos hace falta. Que sean los jóvenes quienes integren el sector informal de la economía, recibiendo apoyo para sus iniciativas y auxilio oportuno y suficiente para sistematizarlas. Que el conocimiento de quienes forman parte del país progresado bajo los auspicios de la democracia ordinaria y no por vía de excepción, entre los recursos puestos a funcionar para atender las necesidades básicas, con plena incorporación a la acción promotora del crecimiento económico y actuación en el propósito de conciliar, armonizando, el crecimiento y el desarrollo.

Un modelo de desarrollo que inicie la creación de culturas solidarias y que, a nivel económico, se exprese mediante el fomento cooperativista, cogestionario y participativo, a los fines de preparar una empresa cónsona con el esquema político que brinda la democracia.

Un nuevo camino, que supere las equivocaciones de ayer y el fracaso de hoy; que nacionalice la esperanza y recobre, en el país y para el país, la confianza y el optimismo, con patrones y hábitos tal vez más modestos pero más genuinos, más plenos de realización humana. Porque, ante el no regreso de la sociedad petrolera, se impone convocar a los mejores hombres y mujeres del país, a los que, dotados de inteligencia, conocimiento y dominio de la técnica, se encuentren en condiciones de aplicar su propia base política democrática y se incorporen a la misión conjunta de crear y despejar los caminos por los cuales deberá transitar el país en el futuro.

Razones hay para creer, con optimismo, en la llegada de ese tiempo mejor. El tiempo en el cual, desvanecidos los espejismos de un futuro fácil y desvinculado de lucha alguna, los hombres y mujeres de talla popular miren con

optimismo la oportunidad singular de retomar aquella alegría que produce en el dirigente político la lucha sin tregua por alcanzar una sociedad mejor.

Puerto Ordaz, Ciudad Guayana, 10 de septiembre de 1983.

## **II PARTE**

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR DAVID MORALES BELLO ANTE EL PLENO DE ECONOMISTAS DE ACCION DEMOCRATICA, REUNIDO EN LA CIUDAD DE CORO, EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1983, AL TOMARLE JURAMENTACION AL COMANDO DE "ECONOMISTAS CON JAIME" EN EL ESTADO FALCON.**



Compañeros del Presidium:

Compañeras y Compañeros de la Audiencia:

Hay un dicho —creo que de origen portugués— según el cual existe una maldición que los portugueses lanzan a sus enemigos deseándoles: “Entre Abogados te Veas”. Y se me ha ocurrido pensar que, dada la similitud que existe entre el intrusionismo que se practica en materia de Ciencias Económicas, a mí, en este momento, me está sucediendo como que si algún portugués me hubiera aplicado aquella maldición diciéndome: “Entre Ecomistas te veas”, (Aplausos). Me veo, me re veo y me reviso porque no dejo de pensar que, escuchándolos a ustedes, poniéndoles la atención que me merecieron las importantes exposiciones que precedieron a esta mía, no hay duda de que cuanto nos está mortificando en el orden económico no es cosa de mala suerte (como se le ha ocurrido decir ahora poco al Dr. Caldera) sino consecuencia del grave mal que se apoderó del cerebro gubernamental y que a lo largo de la columna vertebral y del torrente circulatorio ha invadido el cuerpo todo de la vida nacional.

El cerebro económico del gobierno, dañado por un no sé qué funcionamiento vicioso, ha contaminado al cuerpo de la economía del país, el cual se encuentra gravemente enfermo por culpa de los desaciertos de Copei.

Tenemos un país enfermo que ninguno de nosotros podría reconocer como pariente siquiera lejano del que tuvimos —progresista, progresado y optimista— hasta hace algo menos de cinco años. Un país del cual, si no lo quisiéramos, buscaríamos mudarnos, porque como me decía el compañero Ildemaro Villasmil, hace minutos, es grave y preocupante que lleguemos, en un momento dado, aquí en el Estado Falcón a salir a la calle con cadenas de oro o con relojes costosos sin riesgo de ser asaltados, pero corriendo el gravísimo riesgo de serlo en el caso de salir a la calle con un chivo bajo el brazo. ¡Anuncios del hambre, que viene avanzando!.

Estamos entonces, ante una situación frente a la cual ya hemos expuesto en demasía las preocupaciones. Y creo que, como lo decía en forma enfática y transparente el compañero Homero Parra, llegó la hora en la cual las discusiones de orden doctrinario deben ceder paso a las actuaciones reales, tangibles, materiales y aplicables, con la finalidad de remediar, primero frenando y después mejorando, este declive por el cual vemos que se precipita la vida nacional.

Yo, sinceramente, creo que a ustedes, las mujeres y los hombres profesionales de la Economía que militan en Acción Democrática, les va a corresponder asumir una alta cuota de esa responsabilidad dirigida a enderezar entuertos. Y por esto, si celebro —y lo celebro— que estemos instalando y juramentando al “Comité de Economistas con Jaime”, con significación de búsqueda del voto en los restantes setenta días que faltan para la realización de los comicios, no dejo de advertir que nuestra meta debe ser, tiene que ser, el asegurar un funcionamiento racional de la Fracción de Economistas de Acción Democrática, para los momentos

cuando debamos hablar del gobierno de Jaime contando con los economistas del Partido.

El gobierno presidido por Jaime Lusinchi tendrá que ser un gobierno serio, tendrá que ser un gobierno convincente, tendrá que ser un gobierno capaz de ofrecerle y entregarle al país cuotas concretas de rendimiento que demuestren que sí se puede curar este mal agudo que está afectando intensamente la vida económica nacional.

El gobierno presidido por Jaime Lusinchi no puede repetir, ni siquiera con parecido distante, ese espectáculo que se zigzaguea entre deprimente y vergonzante, personificado por dos economistas del país, copeyanos por suerte, uno colocado en el Ministerio de Hacienda y otro colocado en la Presidencia del Banco Central de Venezuela, hablando dos idiomas diferentes, mencionando cifras diferentes, invocando doctrinas diferentes e insistiendo en aplicar remedios diferentes a un mismo mal generado por un mismo bacilo: el bacilo de la falta de decisión y seriedad en quien ejerce la jefatura del Estado, que es el mismo bacilo de la falta de autoridad que permite que estos dos economistas, tenidos como conocedores de su profesión, puedan mantener posiciones antagónicas y mantener también al país debatiéndose en medio del desasosiego, de la desesperación, del temor y del terror colectivos.

Esto es algo en lo cual tenemos que pensar con seriedad, no porque nosotros sospechemos siquiera que Jaime Lusinchi como Presidente de la República, pueda incurrir en esas fallas de personalidad que tan frecuentemente exhibe el actual Jefe del Estado, sino porque es que no podemos nosotros aceptar que un gobierno acciondemocrata, asistido como deberá serlo por quienes conocen

las Ciencias Económicas en materias que se corresponden con su aplicación a la realidad cotidiana, pueda conducirnos a situaciones como esa que, por lo demás, no es singular porque se ha venido repitiendo a lo largo de estos cinco años que parecieran haberse prolongado, cuando menos, por cinco lustros. Recuerdo algo que me impresionó notablemente, en momentos cuando se produjo el cambio de gobierno de 1979. Allá en mi Estado natal, en el Estado Bolívar, estábamos vivamente entusiasmados por unos planes de explotación económica de los yacimientos de bauxita en el sitio de Los Pijiguaos, ubicado en el Distrito Cedeño del Estado. En Los Pijiguaos, y mediante el tratamiento en sitio, íbamos a obtener la alúmina con la cual alimentaríamos las fábricas de aluminio instaladas en el Distrito Caroní del mismo Estado. Pensábamos, alborozados incluso, que de esa manera no sólo íbamos a ahorrar las divisas que actualmente tenemos que gastar comprando la alúmina en el exterior, sino que también íbamos a generar una extraordinaria capacidad de empleo que superaría las necesidades de ocupación en todo el Estado Bolívar. Complementábamos la idea de la explotación ya programada de Los Pijiguaos, con la utilización de la potencialidad de generación eléctrica del Caura; y así, contando con la electricidad en el sitio y contando con la materia prima, considerábamos que le íbamos a ganar la batalla al hierro y al acero que comenzaban a declinar en el mercado mundial.

Cuando advino el gobierno de Copei, el economista Leopoldo Díaz Bruzual, que para ese entonces fue colocado en la Presidencia del Fondo de Inversiones de Venezuela, en condición de Ministro de Estado, suscribió esta fórmula: los planes de "Los Pijiguaos" son económicamente posibles, son financieramente viables, pero son estratégicamente no recomendables. Busqué y rebusqué gente que me expli-

cara aquello, porque si se trata de un plan de explotación económica, que es económicamente recomendable y que es financieramente viable, ¿de dónde diablos podrá salir la estrategia que lo hiciera paralizar, después de concebido como un auxilio extraordinario para la diversificación de la economía nacional? Pero se dijo eso en nombre de la ciencia y en el gobierno copeyano, presidido por Luis Herrera Campins, ese fue el Evangelio. Y allí está, incorporado a la Biblia que Luis Herrera maneja en público y Caldera consulta secretamente.

Se estancaron los planes de "Los Pijiguaos" y llegó la devaluación de la moneda. Y llegó el vencimiento de los plazos para el pago de la deuda pública externa. Y llegó el cierre de las puertas de los bancos para Venezuela. Y llegó el punto final de las posibilidades de obtener financiamiento. Y estamos pagando, ya no sólo los guayaneses sino los venezolanos en general, aquel dislate que se le ocurrió al extravagante Díaz Bruzual quien, en nombre de las tesis económicas de su preferencia, ha estado dañando durante casi cinco años la vida financiera de este país.

En Acción Democrática no podemos admitir que esto ocurra. No debemos admitir, siquiera hipotéticamente, que eso pueda ocurrir. Y pienso, como respuesta a la búsqueda dialéctica que no he cesado de efectuar en torno a los por qué de esas cosas, que lo que sucede es que los copeyanos están formados dentro de una filosofía que los lleva a creer que la Economía debe subalternizarse a los dictados de los encargados de gobernar en un momento dado; que la Economía se resume en la concepción y en la aplicación de medidas hechas al tamaño del capricho del que se crea dueño del poder para mandar y hacerse obedecer, mientras que en Acción Democrática nuestra formación filosófica

y nuestra concepción conceptual nos enseñan que la Economía es una ciencia social que debe aplicarse con sentido de interés general, a los fines de que el norte franco que sirva de orientación para las medidas que se dicten en su campo se corresponda con el interés de las colectividades a las cuales se dirijan, y nunca con el capricho o el parecer del que esté gobernando y se crea dueño del poder y del país. (Aplausos).

Mi invitación para ustedes, como mujeres y hombres profesionales de la Economía, sumados en la constante del compromiso acciondemocratista que todos tenemos contraído con el país, es la de que se esfuercen en entender que en el orden de prioridades que aprendemos nosotros a asimilar, como militantes de un partido socialdemócrata, está en primer lugar el interés social, el interés colectivo, y que no es cuestión de ponerse a discutir sobre escuelas económicas, que no es cuestión de hacer preponderar el criterio de unos sobre otros; que no es cuestión de pretender eclipsar la cuota de poder que a alguien le corresponda dentro de un mismo equipo de gobierno, sino que es cuestión de ponerse a meditar, a reflexionar, a estudiar y a precisar los remedios en medio de las ciencias sociales, para, desde el área específica de la Economía, determinar lo que se deba hacer, a los fines de atender las necesidades que convocan nuestro sentido de responsabilidad.

No caben dudas acerca de que eso será posible durante el próximo gobierno de Acción Democrática, porque ya lo decía José Ramón Carvajal; si este gobierno ha recibido el doble de los ingresos que tuvo el gobierno de Carlos Andrés Pérez cuando entregó el poder, ¿cómo se concibe que haya duplicado la deuda pública, externa e interna, y se esté comportando como un maula, dentro y más allá de

las fronteras? ¿Y cómo se explica que nos haya conducido a la pérdida total de la confianza, sin cuyo concurso se anulan y perecen los planes de relación e interrelación?.

Aquí no habrá política que valga si nosotros no enderezamos la conducta económica del país. No será posible que funcione el Pacto Social, planteado por Jaime Lusinchi como tesis cardinal para el ejercicio del próximo gobierno, si no llegamos a entendimientos esenciales con respecto a las medidas que habrá que aplicar inmediatamente después de inaugurado el gobierno, para que la economía se restablezca, para que la economía se diversifique y para que la economía deje de ser el hilo trasmisor de las calamidades que, a manera de las siete plagas de Egipto, le han caído a Venezuela durante este gobierno de Copei.

Esa es, compañeras y compañeros, una gravísima responsabilidad que recae en los hombros de ustedes. Yo no se acerca de quiénes, con nombres y apellidos, el compañero Jaime Lusinchi está pensando para incorporar a su equipo de gobierno. Pero sí sé, porque lo he escuchado detenida y reiteradamente de parte de él, que se está comprometiendo con el país, mediante la fórmula plural y pluralista que representamos, a la realización de un gobierno enmarcado en lo que ahora estamos prometiendo, para que, elevado a la Presidencia con la tarjeta blanca grande de Acción Democrática, sea el coordinador de un equipo homogéneo, idóneo y con sentido de responsabilidad, que vaya no sólo a asesorarlo en la concepción de las ideas sino a asistirlo en la asunción de las medidas que en nombre de Acción Democrática, se deban aplicar. (Aplausos).

Aquí volvemos a tocar el punto de la filosofía que nos surte y el punto de la doctrina que nos informa. El contraste

que ofrecen las dos candidaturas presidenciales, la de Jaime Lusinchi y la de Rafael Caldera, muestra aristas que nos permiten precisar aún más esta conceptualización. A Caldera Copei lo está mostrando a veces como un semidios, a veces como una panacea universal, a veces como un "pegalotodo", de acuerdo con el léxico que sea necesario utilizar, si se trata de impresionar o de manejar el populismo. En todo caso, lo están presentando como un ser superior, dotado en sí de la mayor suma de virtudes, de la mayor suma de conocimientos, de la mayor suma de cualidades, de la mayor suma de sapiencia, Caldera, una especie de Dios Sol, algo así como la resurrección o la reencarnación en esta época de Nabucodonosor, porque los copeyanos son dogmáticos y todos aprendieron, desde los bancos de la escuela, que entre ellos hay un supercapitoste al que podría discutírsele que sea Dios en persona, pero respecto a quien jamás se pudiera poner en duda que fuera, cuando menos, San Rafael Caldera.

Y esa formación filosófica los ha llevado entonces a presentarse en todas partes como adoradores de quien goza haciéndose adorar. Mientras que en Acción Democrática, donde nos hemos formado por fuerza del trabajo, donde nos hemos superado por sentido de responsabilidad social, donde nos hemos reunido para intercomunicarnos la sensibilidad personal y social que nos caracteriza, hemos aprendido y sostenemos que ninguno entre nosotros es un semidios, que ninguno entre nosotros reúne condiciones como para que lo vayamos a adorar, que ninguno entre nosotros tiene ganado lugar en el Olimpo, para que nos acerquemos a él si acaso reclamando el derecho, incensario en mano, de besarle los pies.

En Acción Democrática profesamos la democracia en términos de autenticidad, y, por lo mismo, no ofendemos

a ninguno de los nuestros cuando decimos que para nosotros el valor esencial, la fuerza extraordinariamente fundamental, la fuerza de valía por excelencia es el partido, como fuente de poder y como fuente de existencia y vigencia del credo que nosotros profesamos para el bien del país. (Aplausos).

Jaime Lusínchi va a ser el Presidente de Venezuela, porque en Acción Democrática convocamos a elecciones internas para elegir libremente al candidato para el 83. La soberanía partidista determinó que él fuese el candidato presidencial de ahora. Fue el partido el que lo investió de esa condición indiscutible de escogido por la soberanía que radica en todos nosotros. En Copei, por el contrario, Rafael Caldera se le atravesó en el camino a Rafael Andrés (Pepi) Montes de Oca. Le impidió competir con él en el torneo cívico de la escogencia libre y hubo consagración del candidato presidencial. No hubo *elección*, como sí la hubo en Acción Democrática.

Ese paso esencial le comunicó a Jaime Lusínchi la representación del partido. Y él la ha ejercido, con lujo de extraordinaria demostración de identidad con lo que el mismo partido significa para el país. Él es, entonces, el candidato de Acción Democrática. Por eso, su figura aparece en la tarjeta blanca grande del Partido y el pueblo va a votar por él, porque es el candidato de Acción Democrática, porque garantiza la presencia de Acción Democrática en el poder.

De votar por Caldera, votaría por un "pegalotodo" o por una panacea universal o por un semidiós. Al votar por Jaime Lusínchi, el pueblo está votando y demostrando preferencia por la concepción social en el ejercicio del poder.

Ese ejercicio del poder tendrá que realizarse, entonces, bajo esta conceptualización de la clara conciencia indiscutible del lugar prioritario para el interés social. Y será la presencia de las mujeres y los hombres de Acción Democrática, no en plan de subalternos sístas, para irle a decir al Presidente que siempre tiene la razón, sino en plan de leales y fieles colaboradores que vayan a contribuir con él a evitarle errores al país, a evitarle fallas al gobierno y a asegurarle al gobierno y al país el tránsito pronto por la vía de la recuperación nacional, lo que materializará el sentimiento popular.

En eso, compañeras y compañeros economistas, a ustedes les toca una gran responsabilidad. Serían unos irresponsables si asumieran esa posición que no se concibe entre nosotros, de ir a decir "sí", como decía Homero, repetidamente, como un loro. Y sería también una imperdonable irresponsabilidad que fueran a colocarlos, llámense como se llamen los economistas de Acción Democrática, en posiciones destacadas de gobierno, para que cada cual trate de eclipsar al otro, demostrando que la escuela tal, en la que se formó, tiene más fuerza científica que la escuela cual en la que el otro se formó.

Ya esas disquisiciones tienen que ser dejadas a un lado. Y se impone el sentido de responsabilidad para actuar, de manera definida, frente a un país que nos quiere como partido, frente a un país que nos desea como partido, frente a un país que nos anhela como partido de gobierno.

Creo, entonces, que ustedes, en estas reuniones, en las cuales tendrán que pensar acerca de los mecanismos que pondrán a funcionar para activar en los cuadros del partido hasta llegar al 4 de diciembre, deben mantenerse conscientes

de que, a partir de esa fecha histórica, los resultados electorales nos van a comprometer, raizal y esencialmente, con la búsqueda de remedios para los males económicos que sufre Venezuela.

No cabe duda de que podemos esperar un buen rendimiento. No me cabe duda de que Jaime Lusinchi será un Presidente con amplio sentido de la pluralidad. No me cabe duda acerca de que Jaime Lusinchi no va a pretender ejercer intrusamente la profesión de economista, y de que Jaime Lusinchi, que es persona de carácter y no hombre de enamoramientos políticos, no va a permitir que las desviaciones de cualquier caprichoso se impongan por encima del bien común de todos los venezolanos.

Pero es necesario surtir las obras con materia prima eficiente y apta para los fines a los cuales se las destina, para que esas obras puedan responder a las cargas que deban soportar. Esa materia prima la tienen que aportar ustedes, porque si se trata de discutir asuntos jurídicos, Jaime Lusinchi buscará sus asesores en el campo legal, si se trata de discutir asuntos de salud pública, Jaime Lusinchi buscará sus asesores en la materia, pero al tratarse de responder a los reclamos del país para que, sin demora, en los primeros pasos, de manera emergente, se atiendan y resuelvan las gravísimas situaciones económicas que nos conducen al hundimiento en la actualidad, ustedes no pueden esperar que Jaime Lusinchi los llame, sino que deben actuar en el seno del partido de gobierno, que será Acción Democrática, poniendo a funcionar su inteligencia, sus conocimientos y su sensibilidad, a los fines de preparar las fórmulas que el Partido le ofrezca al Presidente diciéndole: aquí está la contribución de los economistas de Acción Democrática, para que el gobierno de todos contribuya a resolver la crisis nacional. (Aplausos).

Así entiendo yo la emergencia. La emergencia nos lleva a trastocar los términos de la ecuación ordinaria. De ordinario, los Presidentes, cuando tienen tiempo y condiciones para gobernar ajo situaciones de emergencia, y sabemos todos que estamos viviendo una emergencia que este gobierno no ha declarado pero que existe en términos de realidad, las cosas cambian, no hay mucho tiempo para contrastar opiniones, no hay mucho tiempo para ponerse a escoger a fin de ver cómo se asumen y se determinan terceras posiciones entre dos posiciones antagónicas. Y se precisa, entonces, tener preparado con tiempo, tener preparado con antelación, el aporte del Partido para hacer que el gobierno salga adelante. Y en materia de economía, por mucho que en el campo de ustedes unos cuantos actuemos como intrusos, son ustedes los que saben qué hay que hacer y tendrán que ser ustedes quienes, en nombre del partido, digan qué es lo que debemos hacer para echar adelante este país que se niega a quedarse atrás.

Ojalá, compañeras y compañeros de partido, salgamos con bien. Ojalá, compañeras y compañeros de partido, salgamos avante en este compromiso grave que el pueblo ya nos dice que quiere depositar en nuestras manos el 4 de diciembre,, porque no es que vamos a repetir la frase, que ya se ha vuelto manida, de que esta es la última oportunidad de la democracia. No, pero si podría ser la última oportunidad de Acción Democrática. Y eso no lo podemos admitir. Eso no lo podemos concebir siquiera, porque concebirlo nos colocaría en la antesala de la traición a los altos intereses de la democracia en el país.

Nosotros tenemos que ser veladores, cuidadores, custodios del triunfo del gobierno que ejerceremos en el próximo período; porque no es que estemos exacerbando el sectarís-

mo, porque no es que estemos desenterrando épocas sembradas en la historia de ayer, sino que la experiencia de lo que estamos viviendo, la verdad que nos entra por los cinco sentidos, nos está diciendo que no es posible que permitamos este triste espectáculo que sufre el país consistente en que después de cinco años de gobierno activo, dinámico, positivo, emprendedor y rendidor, venga el marasmo, la indolencia, el abandono, la irresponsabilidad, la maldad incluso, a convertirse en sistema de gobierno y hacer que el país se deprima para que después volvamos los adecos a meterle los hombros, el pecho y el corazón, y tratemos de llevarlo adelante, bajo la espada de Damocles de que a los cinco años volverá de nuevo el marasmo y volverá de nuevo la depresión.

Por eso, estoy levantando el estandarte de la continuidad de los gobiernos acciondemocratistas, no porque vayamos a pretender instaurar en el país una hegemonía que no tendría lugar en la época actual, sino porque tenemos que vivir convencidos de que los planes de gobierno que comencemos a aplicar en el próximo período, tendrán que mantener un hilván con los que vayamos a realizar en el período siguiente, y esto significa que tendremos que trabajar para que Jaime Lusinchi, en 1989, le entregue la Presidencia de la República a otro Presidente salido de las filas de Acción Democrática. (Aplausos).

Pensar lo contrario sería incurrir en errores imperdonables y rayar en la traición al respeto que debemos tener por nuestro pueblo, de cuya entraña venimos todos.

Por esto, estoy trabajando con entusiasmo en esta campaña electoral; estoy trabajando con entrega total en esta campaña electoral. Ya no me queumo, porque el sol y yo

nos hemos hermanados; yo no le tengo miedo a él y él no me hace daño. Estoy recorriendo la geografía nacional sin acusar cansancio, acostándome de madrugada y levantándome al amanecer. Y he dicho, y lo repito solemnemente ante ustedes, que estoy buscando los votos para el gobierno que presidirá Jaime Lusinchi, porque creo en ese gobierno, porque tengo fe en ese gobierno, porque quiero contribuir con ese gobierno. Y si Jaime, en la escogencia de los mejores, me asigna la posición de policía de punto en su gobierno, seré policía de punto en el gobierno de Jaime Lusinchi. (Aplausos).

A ese gobierno lo entiendo como una cita de conciencia y como una cita de responsabilidad. Acepten ustedes, compañeras y compañeros, mi pretensión de que me hayan escuchado con atención y que compartan, siquiera en parte, lo que les he querido expresar.

Muchas gracias. (Aplausos).

## **C O N T E N I D O**

	<b>Pág.</b>
<i>Prólogo</i> .....	7
<b>I.—La Economía y la Democracia como Productos Dinámicos de la Sociedad</b> .....	<b>15</b>
<b>II.—El Estado como Ente Activo y Promotor del Desarrollo</b>	<b>21</b>
<b>III.—El Rendimiento Democrático como Factor de la Fe Popular</b>	<b>31</b>
<b>IV.—Enfoque Crítico del Momento Actual Nacional - Reiteración de Confianza de la Juventud</b> .....	<b>45</b>
 <b>II PARTE</b>	
Discurso pronunciado por el Dr. David Morales Bello ante el Pleno de Economistas de Acción Democrática, reunido en la Ciudad de Coro, el 24 de Septiembre de 1983, al tomarle juramentación al Comando de "Economistas con Jaime" en el Estado Falcón .....	53



SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE LA  
EMPRESA "EL COJO" C. A.  
EN CARACAS, VENEZUELA

JUNIO 1985



*El prólogo de este nuevo aporte del Dr. David Morales Bello lo ha escrito el joven abogado Rafael Marín, perteneciente a los cuadros de dirección juvenil de Acción Democrática y destacado por sus sobresalientes actuaciones en el Liceo, en la Universidad y en la dirigencia política que lo ha contado y cuenta entre sus valores más promisorios.*

*Marín adhiere a los planteamientos de Morales Bello como intérprete de un reclamo que debe ser tomado en cuenta por los conductores del país político y del país nacional, y, aparte de reconocer con generosidad la significación del aporte ideológico que el autor dedica, de manera global, a la juventud venezolana, muestra criterio propio en relación con los asuntos de marcada importancia que se reúnen en el contexto de la obra.*

*Sin duda que el prólogo escrito por Rafael Marín traspasa la misión del simple presentante de algo nuevo, para tomar proporciones de señalamiento con presencia de toma de posición ideológica y político-partidista llamada a despertar interés entre los jóvenes invitados a leer este trabajo y meditar acerca de su contenido.*

*Recordando su experiencia como maestro, Morales Bello se ajustó al propósito pedagógico al desarrollar los temas incluidos en este trabajo, y Rafael Marín, como joven estudioso de la cuestión política y de la cuestión social, ha sabido captar los propósitos superadores del autor.*

*Agreguemos que el prologuista es un joven de recia personalidad y de excelentes condiciones para la lucha social.*

